

Un corazón obstinado (I)

Don Luigi Giussani, *El Sentido Religioso, Capítulo VI - principio.*

Actitudes irrazonables frente al interrogante último: vaciar la pregunta

Quisiera hacer ahora una lista, aunque sea sucinta, de lo que yo llamaría posturas «irrazonables» en el modo de afrontar las preguntas que constituyen el sentido religioso y de responder a ellas.

¿Por qué utilizo la palabra «irrazonable»? Porque es irrazonable cualquier actitud que pretenda explicar un fenómeno de una manera que no resulte adecuada a *todos los factores* que están implicados en él. No se puede explicar una cuestión olvidando o negando alguno de los factores en juego.

Se puede dar a esta observación un valor general, afirmando que un error demuestra que lo es cuando nos vemos obligados por su propia lógica a olvidar o a renegar de algo.

Considero además «inhumanas» estas actitudes, precisamente porque son irrazonables.

Voy a hacer un elenco de seis de estas posturas. Y no por simple amor a la enumeración, sino porque, de una u otra manera, son tentaciones para todos nosotros, si es que no son ya práctica aceptada. «Nihil humani a me alienum puto»¹: creo que cualquier cosa que le haya sucedido a otro hombre puede sucederme también a mí. En cualquier caso estas posturas constituyen estadísticamente la actitud, práctica al menos, de la mayoría.

Negación teórica de las preguntas

En primer lugar, llamo *negación teórica de las preguntas* al hecho de que esas grandes cuestiones, esos interrogantes, se consideren «sin sentido». Las frases que expresan tales preguntas tendrían una consistencia puramente formal. No tienen sentido: es como decir, por ejemplo, «un burro con alas, con un coche Jaguar en lugar de la pata derecha», o «una bailarina de Opera en lugar del oído», etc. Cada uno puede multiplicar las imágenes según su fantasía. Pero aquellas frases tendrían un defecto todavía mayor: no son ni siquiera una imagen, son pura palabra, puro sonido.

Voy a referirme al momento en que descubrí este planteamiento como postura sistemática. Había puesto una tarea en la clase de religión de tercero, en el instituto, y, mientras los alumnos escribían, yo me paseaba entre los pupitres. Vuelto a la primera fila, agarré el primer libro que tenía a mano y por pasar el tiempo lo hojeé. Era el *Compendio histórico de la literatura italiana* de Natalino Sapegno. Al abrirlo, la suerte quiso que la página sobre la que se fijara mi mirada tratase de la vida de Leopardi. Entonces comencé a leerla con interés y, después de medio minuto, exclamé: « Muchachos, interrumpid la tarea. Pero vosotros, con toda vuestra presunción, con toda vuestra voluntad de autonomía, ¿leéis estas cosas y las aceptáis sin rechistar, como si se tratara de beber un vaso de agua?». He aquí el texto:

«Las preguntas en las que se condensa la confusa e indiscriminada veleidad reflexiva de los adolescentes, su primitiva y sumaria filosofía (¿Qué es la vida? ¿Para qué sirve? ¿Cuál es el fin del universo? o ¿Por qué el dolor?), aquellas preguntas que un filósofo auténtico y adulto aleja de sí como algo absurdo y carente de auténtico valor especulativo y que, además, no comportan ninguna respuesta ni

¹ Terencio, *Hgautontimurooumenos* («el que se castiga a sí mismo»), I,77.

posibilidad de desarrollo, precisamente éstas son las que se convirtieron en la obsesión de Leopardi, en el contenido exclusivo de su filosofía»².

¡Ah, entiendo! —dije a mis alumnos—. Homero, Sófocles, Virgilio, Dante, Dostoyevski y Beethoven son adolescentes porque toda su expresión está determinada por esas preguntas, porque grita esas exigencias que —como decía Thomas Mann— dan «calor y tensión a cada palabra nuestra, urgencia a cada problema nuestro»³. ¡Me siento muy contento de estar en compañía de éstos, porque un hombre que anula la cuestión no es alguien «humano»!

En sus *Crónicas de filosofía italiana* Garin recomienda que el pensamiento se produzca «sin vuelos hacia imposibles utopías [...] porque el hombre es centro y señor del mundo, pero a condición [...] de dar cuerpo y consistencia a este libre señorío suyo»⁴. ¿Qué señor del mundo es este hombre que, como fruto de tanta obra suya, está produciendo el terror fundado de que pueda destruir del todo su ya mísera casa, «este jardín que nos vuelve tan feroces»⁵? ¿Qué «libre señorío» el que te permite pensar conforme a la mentalidad del poder, pues de otro modo te marginan de la sociedad y, si pueden, te mandan al manicomio, como en Rusia! ¿Por qué son imposibles esas «utopías»? ¿Porque lo dice el señor, Garin? Si la naturaleza me dota en mi interior de un impulso mucho más potente que el de un misil, de un impulso tan radical que es lo que me constituye, ¿por qué la respuesta a éste tiene que ser una meta imposible, de modo que resulte inútil hablar de ella?

John Dewey, uno de los mayores responsables de la pedagogía que ha formado a muchas generaciones en América, cuya influencia se está reflejando en nosotros después de treinta años, afirma análogamente:

*«Abandonar la investigación de la realidad y de su valor absoluto e inmutable puede parecer un sacrificio, pero esta renuncia es la condición para comprometerse en una vocación más vital. La búsqueda de valores que puedan ser asegurados y compartidos por todos, porque están conectados con la vida social, es una búsqueda en la que la filosofía no encontrará rivales en los hombres de buena voluntad, sino cooperadores»*⁶

Pero abandonar la investigación de la realidad, del valor absoluto e inmutable, es un sacrificio por el que también se puede matar a la gente. Pues, en efecto, sería abandonar algo a lo que nos empuja la *naturaleza*, y esto es irracional, inhumano. Es una postura inadecuada a los términos del problema.

Dewey aconseja dejar de lado las cosas imposibles para ponerse a construir juntos la vida social. Sin embargo, de este modo no se tiene presente que la unidad entre los hombres, y por tanto la posibilidad misma de una colaboración realmente constructiva entre ellos, exige la existencia de un factor que trascienda al hombre; sin él únicamente estaríamos yuxtapuestos de manera provisional y absolutamente equívoca, porque no se podría estar seguros de nada. El amor entre el hombre y la mujer tampoco encuentra una soldadura profunda ni siquiera en el ímpetu de la juventud: la solidez en la unión de ese amor radica en «otra cosa», que se objetiva en el niño, en el hijo, o, dicho más genéricamente en una tarea. Pero cuando se tiene un hijo, ¿cuál es la tarea? Más o menos confusamente, más o menos nebulosa o conscientemente, es el destino del hijo, la realización de su camino como hombre; es este sentido el que apremia y dicta en los padres una actitud de emoción real, de compromiso seguro, de sentimiento amoroso sencillo y total. Sin algo diferente que supere a la relación en sí misma, la relación no dura.

² N. Sapegno, *Diseño stoico della letteratura italiana*, La Nuova Italia, Florencia 1974, p. 649.

³ Cf. T. Mann, «Le storie di Giacobbe», en *Giuseppe...*, op. cit., pp. 9-10.

⁴ E. Garin, *Cronache di filosofia italiana (1900-2943)*, Laterza, Bari 1955, p. 529

⁵ Dante, *Paraíso*, canto XXII, v. 151.

⁶ Cf. J. Dewey, *La ricerca della certezza*, La Nuova Italia Editrice, Florencia 1966, p. 322.

Es necesaria una razón para mantener una relación, y la razón verdadera de cualquier relación tiene que conectar a ésta con el todo.

Sustitución voluntarista de las preguntas

Si se suprime la energía estimulante de la «experiencia elemental», aquel «aguijón que nos hiera», si se suprime la energía dinámica que esas preguntas provocan, el movimiento que imprimen a nuestra humanidad, si se vacían de contenido esos interrogantes que constituyen la expresión del mecanismo esencial, el motor de nuestra personalidad, ¿en qué puede consistir entonces la energía que nos hace obrar?

La energía que nos impulsa a obrar se reduce en ese caso a la afirmación de uno mismo. Y el instrumento para la afirmación de nosotros mismos es la voluntad: por eso solamente se puede tratar de una energía voluntarista, de una afirmación voluntarista.

Ésta puede tener como punto de partida:

- 1) un gusto por la praxis personal,
- 2) un sentimiento utópico, o
- 3) un proyecto social.

Y no creo que estos tres motivos sirvan solamente como ejemplos. Voy a ilustrar lo que quiero decir:

- 1) He aquí una poesía de Evtuchenko:

*«Son muchos los que no me aman.
Me atribuyen muchas culpas
y me lanzan encima
rayos, dardos y truenos.
De modo tétrico y estridente
se ríen de mi canto
y sus miradas pérfidas
las siento a mis espaldas.
A mí todo esto me gusta.
Y me enorgullece que ellos
no consigan domarme,
que no obtengan nada.
Con altivez desdeñosa
miro sus contiendas,
con alegría de piedra
les provoco adrede.
Pero, tan conocido como soy por todos,
a veces me muevo a duras penas:
perplejo, apesadumbrado,
a punto de caer.
Sin sonrisa falsa
capto con angustia*

que soy presuntuoso
y demasiado pícaro.
En mi ánimo íntimo
sé que soy otro.
Pero no llego a entender
por qué me envidian.
Camino taciturno
por el callejón nevado
y ardientemente quiero
ser presuntuoso»⁷

Más allá de su grave intuición de la soledad, Su proyecto de vida es una praxis voluntarista.

2) También se da el caso en que esta energía voluntarista, como ciega que es, se da ella misma un fin. No se ve atraída por una meta que reconoce objetivamente; se la da ella misma. Bertrand Russell, profeta de la cultura radical, escribía a comienzos del siglo XX lo siguiente:

«De modo imprevisto yo he experimentado algo parecido a eso que el pueblo religioso llama 'conversión'... Repentina y vivamente llegué a tomar conciencia de la soledad en que vive la mayoría, y a sentirme apasionadamente deseoso de encontrar caminos para disminuir ese trágico aislamiento... La vida del hombre es una larga marcha en la noche, rodeada de enemigos invisibles, torturada por el desgaste y la pena... Uno a uno, al caminar, los compañeros de viaje desaparecen de nuestra vista... Brevísimo es el tiempo en que podemos ayudarlos. Derrame nuestro tiempo luz solar en su camino para reanimar el coraje que decrece, para infundir fe en las horas de desesperación»⁸.

¿Qué fe? ¿Fe en qué? Es como alguien que endurece los músculos, como cuando uno quería hacer ostentación de ellos siendo niño, para poder afrontar el tiempo con un sentimiento ideal producido por este mismo esfuerzo. Es como endurecer en el vacío los músculos de la voluntad, o como una vela hinchada por un viento que no lleva a puerto alguno. (...)

Russell es irracional, porque tiene que sofocar y prescindir de la profundidad de las exigencias que le hacen escribir estos pasajes. Para acusar de este modo hace falta que haya algo «dentro», objetivamente, que grita y pide otra cosa distinta de la situación que denuncia. No se puede responder con una invitación sin rumbo, a la que a priori se le ha negado un puerto.

3) Y llegamos así al proyecto social. «Tensad los músculos, hinchad los pulmones para realizar un proyecto de sociedad distinta». Un proyecto ¿hecho por quién? «Por mí», diría Marx. «Por nosotros», dirían otros. Es un énfasis voluntarista que olvida el contenido más agudo y objetivo: el personal, del que deriva también el verdadero interés social. Es un reduccionismo abstracto, un olvido impotente. No es casualidad que la producción filosófica de la URSS haya estado dedicada casi exclusivamente a la ética: un moralismo que lo invade todo.

⁷ E. Evtuchenko, «Son molti a non amarme» , en A. M. Ripellino (ed.), *Nuovi poeti sordetici*, Einaudi, Turín 1962, pp. 163-164

⁸ Cf. B. Russell, *Misticismo y lógica*, Edhasa, Barcelona 1993.

Para la belleza...

Textos para profundizar

Sustitución voluntarista
sentimiento utópico

He aquí otro pasaje típico de Russell, tomado de su libro *Misticismo y lógica*:

«La vida del hombre es algo breve y frágil; sobre él y sobre toda su especie cae lenta y segura la mano despiadada de un tenebroso destino. Ciega al bien y al mal, sin importarle las destrucciones, la materia omnipotente prosigue implacable su camino, y al hombre, condenado a perder hoy aquello que más ama, y a traspasar mañana él mismo el umbral de las tinieblas, no le queda más que cultivar amorosamente, antes de que caiga sobre su cabeza el golpe fatal, pensamientos elevados que ennoblezcan su breve jornada; ponerse en adoración ante el altar construido con sus propias manos, negando los abyectos miedos de quienes son esclavos del hado; indiferente al poder de la suerte, conservar el espíritu libre de la loca tiranía que gobierna las circunstancias externas de su vida; desafiar orgullosamente a las fuerzas irresistibles, que apenas toleran por un momento ser conocidas y condenadas por él; sostener él solo, Atlante cansado pero indomable, el mundo que sus propios ideales han sabido forjar bajo la amenaza de una violencia inconsciente que avanza pisoteándolo todo»⁹.

⁹ Ib.